


Alianzas multiedades: etnografías de niñxs y adultxs contra la pauperización de la vida


Luisina Morano

 <https://orcid.org/0000-0001-5369-5801>

Facultad de Filosofía y Letras (FFyL-UBA) y Equipo Niñez Plural, Argentina

luisinamorano@gmail.com

Paūlah Nurit Shabel

 <https://orcid.org/0000-0002-0870-6409>

CONICET-UBA, Argentina

paulashabel@gmail.com

RESUMEN

Desde un enfoque etnográfico, el objetivo del artículo es estudiar las relaciones intergeneracionales que entablan niñxs y adultxs en dos contextos distintos: un barrio periférico y gentrificado de una agrolocalidad media bonaerense y las casas tomadas ubicadas en un céntrico barrio de la ciudad de Buenos Aires. Con un marco teórico fundado en los feminismos ontológicos y la antropología de las edades, el texto analiza las estrategias de supervivencia que elaboran en conjunto los distintos grupos etarios, tanto dentro de los entramados familiares como de los comunitarios. Los resultados indican que estas prácticas intergeneracionales, más allá del aspecto económico, son vitales para el disfrute de la vida en contextos de creciente desigualdad y conservadurismo.

Palabras clave: *Etnografía, Alianzas Multiedades, Niñez, Feminismos, Antropología de las Edades*



ANTHROPOLOGICA/AÑO XLIII, N° 54, 2025, pp. 306-327

Recibido: 14/03/2024. Aceptado: 15/05/2024.

<https://doi.org/10.18800/anthropologica.202501.011>

Multi-age Alliances: Ethnographies of Children and Adults Against the Impoverishment of Life

ABSTRACT

From an ethnographic approach, the article aims to study the intergenerational relationships established by children and adults in two distinct contexts: a peripheral and gentrified neighborhood of an agricultural locality in Buenos Aires province, and squatted houses located in a central neighborhood of Buenos Aires city. With a theoretical framework rooted in ontological feminisms and the anthropology of ages, the text analyzes the survival strategies developed jointly by different age groups, both within family networks and community settings. The results indicate that these intergenerational practices, beyond the economic aspect, are vital for enjoying life in contexts of increasing inequality and conservatism.

Keywords: Ethnography, Multi-age Alliances, Childhood, Feminism, Anthropology of Age

INTRODUCCIÓN

Nuestra región es hoy testigo de una avanzada conservadora, en consonancia con una tendencia global y con expresiones particulares en cada país. En la Argentina, un partido radical de la derecha ganó las elecciones democráticamente a finales de 2023 y, desde entonces, los números de pobreza y desigualdad crecen sin descanso (González-Rozada, 2024), profundizando una tendencia ya existente en la economía local desde 2017 (INDEC, 2023). Este desolador escenario tiene como protagonistas inesperados a adolescentes y jóvenes que se han sentido atraídxs por las propuestas del conservadurismo más duro. Si bien las encuestas han desmentido el hecho de que sea especialmente este sector el que votó la opción neoliberal disfrazada de libertarianismo, es innegable que, de hecho, fue un sector que acompañó dicha propuesta de gobierno en las urnas (Cibiera, 2024). Desde entonces, la opinión pública se ha obsesionado con culpar a lxs adolescentes y jóvenes, sobre todo de sectores populares, de los males del momento histórico nacional.

Este escenario nos ha interpelado en nuestro trabajo como investigadoras en el campo de la antropología de las edades, dedicadas hace años a producir conocimientos con aquellxs niñxs que son hoy lxs adolescentes y jóvenes a quienes se acusa de habernos traído hasta lo más oscuro de la derecha política. Desconfiadas de las explicaciones lineales y los chivos expiatorios generacionales, traemos al presente artículo la pregunta por aquello que hacen las niñeces populares en sus vidas cotidianas para reflexionar sobre cómo ellas viven el proceso de pauperización de sus condiciones de existencia y estudiar, a partir de allí, qué tipo de relaciones intergeneracionales establecen en sus territorios. Esto quiere decir que el objetivo de este trabajo es analizar los roles sociales que ocupan lxs niñxs y adolescentes en las comunidades donde realizamos trabajo de campo y los vínculos que desde allí entablan con las personas adultas que lxs rodean y con las instituciones que tienen a su alcance.

La etnografía, como enfoque metodológico y analítico primordial de nuestra disciplina (Guber, 2001; Quirós, 2014), nos ha otorgado un acceso privilegiado a aquellas dinámicas sociales que suceden a la sombra del canon, brindándonos conocimiento para desafiar los sentidos comunes que se imponen en cada época, especialmente cuando se trata de investigar con niñxs y adolescentes (Szulc *et al.*, 2023). Aquello que nosotras encontramos haciendo investigación en la provincia y la ciudad de Buenos Aires aporta matices a dichas imágenes cristalizadas, haciéndole lugar a otros relatos etarios y a aquello que sucede cuando se tejen complicidades entre grupos generacionales.

Desde el campo de la niñez —entendida en su amplitud de 0 a 18 años como una etapa anterior a la adultez (Rabello de Castro, 2020)—, en diálogo con las producciones conceptuales de los feminismos ontológicos, nos proponemos dar cuenta de los lazos de sororidad y solidaridad que se establecen dentro y fuera de los esquemas familiares a través de los grupos etarios, como potencias antitéticas al ideario que propone la derecha radical del individualismo extremo, la competencia por los recursos, la meritocracia y un sujeto que solo mide costos y beneficios económicos para tomar decisiones (Strobl, 2022; Semán, 2023). Muchos de estos principios han resurgido en los últimos años de la mano de referentes libertarios internacionales para responderle, justamente, a filósofas feministas como Butler (2006, 2009) y Haraway (2019) que plantearon la fragilidad como condición humana y la necesidad de expandir nuestros apoyos en otrxs diferentes para garantizarnos casa, comida y bienestar.

Volveremos, entonces, sobre estas conceptualizaciones del sujeto y de la agencia, también en sus formulaciones locales (Cano, 2018; Sáenz, 2020), para conversar desde allí con las teorías etarias de la antropología (Mead, 1930; Feixa, 1996; Kropff, 2010; Szulc & Cohn, 2012) y cuestionar las desigualdades sobre las que se ha compuesto el ciclo vital. Proponemos, con ello, una reformulación democratizante de las etapas de la vida que nos permita una aproximación al campo más descriptiva y menos prescriptiva de aquello que niñxs y adolescentes hacen en compañía de otrxs niñxs y adultxs para enfrentar situaciones de pobreza y violencia. Tras el debate teórico y la reflexión metodológica que establecemos en torno a la etnografía, nos lanzamos al análisis de las alianzas intergeneracionales para darle paso a una conclusión sobre la densidad política y teórica que adquieren las dinámicas sociales cuando se tiene en cuenta su dimensión etaria.

TEORÍAS ETARIAS DE AGENCIA Y FRAGILIDAD

La modernidad occidental ha forjado una noción de humanidad en términos de individualidades autónomas, puramente racionales y autosuficientes, y ha hecho de las distinciones que nos atraviesan —como las desigualdades socioeconómicas, las posiciones sexogenéricas o las clases etarias— verdades biológicas y naturales (Rabello de Castro, 2020). Las ciencias sociales en general, y la antropología en particular, han dedicado buena parte de sus energías a desmontar estas cristalizaciones, poniendo de manifiesto que estas formas de concebirnos y relacionarnos resultan de complejos mecanismos sociales que se configuran y moldean de manera diferencial en cada tiempo y lugar. Desandar estos abismos ficcionales que median nuestras relaciones con otros resulta fundamental para imaginar nuevos modos de tejer la vida en común.

La antropología de las edades nos permite sumergirnos en la pregunta por la manera en que se configuran las diferencias zanjadas a partir de la cantidad de tiempo que cada cuerpo lleva transcurrido en el mundo, sin reproducir esencialismos y poniendo en foco la dimensión relacional de las edades (Feixa, 1996; Kropff, 2010). Retomando los aportes de la antropología clásica (Mead, 1930; Evans Pritchard, 1987 [1940]; entre otros), esta perspectiva considera la edad como un potente constructo que auspicia «como un principio universal de organización social, uno de los [...] más básicos y cruciales de la vida humana» (Feixa, 1996, p. 319). No obstante, también advierte que este principio universal presenta una gran heterogeneidad de formas, pues los ciclos vitales de las personas han sido significados y segmentados de muy diversos modos en distintos contextos socioculturales e históricos:

Pues si no son universales las fases en que se divide el ciclo vital (que pueden empezar antes o después del nacimiento, y acabar antes o después de la muerte), mucho menos lo son los contenidos culturales que se atribuyen a cada una de estas fases (Feixa, 1996, p. 320).

Tomando en cuenta esta plataforma, Kropff (2010) propone que, al no poseer contenidos fijos y depender del juego de relaciones de poder que en cada contexto sociocultural se libra en torno a cómo conceptualizar las etapas/momentos del ciclo vital y sus atribuciones/características, el clivaje etario puede considerarse como eje vertebral en el proceso de construcción de una alteridad específica. En las sociedades occidentales, la alteridad etaria ha adoptado una forma fuertemente adultocéntrica en la que el hombre adulto, blanco, burgués y heterosexual ha sido ubicado en la cúspide de la pirámide del desarrollo e imaginado, a su vez, como

un ser puramente racional, completamente autónomo y portador de una identidad acabada y estable (Shabel, 2024).

Como contraparte, y tal como vienen señalando las etnografías con/sobre niñxs (Szulc & Cohn, 2012; Milstein, 2015), las etapas anteriores y posteriores a la adultez han sido marcadas como versiones fallidas del ideal adulto. Sobre estas premisas, la modernidad ha construido una imagen de lxs niñxs como seres pasivos, incompletos e incapaces de generar sentidos y acciones sobre el mundo en el que viven y, simultáneamente, la vejez ha sido marcada en función de la supuesta pérdida progresiva de la autonomía y la productividad. La noción de crononormatividad (Halberstam, 2005) permite sintetizar las múltiples dimensiones que subyacen a esta forma de concebir las edades, a partir de lo cual cada una se prescribe en lo posible, deseable y abominable, así como en las relaciones que son permitidas de establecer entre las partes.

Esta plataforma epistemológica, estructuralmente asimétrica, sobre la que occidente se ha edificado, ha funcionado como cimiento de las relaciones intergeneracionales que hoy nos atraviesan, en donde se torna muy difícil identificar formas de interacción entre adultxs y niñxs que no estén signadas por una dinámica unilineal, pedagogizante, asistencial o paternalista (Liebel, 2020). Para contrarrestar el velo que estas lógicas adultistas imponen sobre las vidas de las personas de carne y hueso, la etnografía con y sobre niñxs (Enriz *et al.*, 2007; Szulc & Cohn, 2012; Milstein, 2015; Frasco Zuker *et al.*, 2021) ha propuesto otro modo de definir qué tipo de sujeto son lxs niñxs y cuáles son sus similitudes y diferencias con otros grupos generacionales. La noción de agencia ha sido central en el despliegue de estos abordajes que permiten dar cuenta de las acciones que lxs niñxs hacen en el mundo, sin soslayar ni sobredimensionar su capacidad de transformación y contemplando, a la vez, la necesidad de contextualizarla «sociohistórica y culturalmente [...] en el marco de las relaciones de poder intergeneracionales, interétnicas, de clase y de género» (Szulc, 2019, p. 53).

Nos interesa, en lo sucesivo, pivotar sobre el concepto de agencia porque entendemos que puede funcionar como un vértice que articule los abordajes antropológicos sobre las edades —y en especial sobre la niñez— con otras usinas de pensamiento, como los feminismos ontológicos, que también han problematizado las ideas de sujeto y de relación social que componen nuestros análisis antropológicos en búsqueda de conceptualizaciones más descriptivas y menos normativas de lo que vemos cotidianamente en nuestros trabajos de campo.

Con este espíritu, acudimos a la noción de *Vida precaria* de Butler (2006), que titula de ese modo un libro en el que propone una ontología humana caracterizada

desde la precariedad, en tanto, afirma, somos todxs seres dañables y necesitados de otrxs para subsistir. La materialidad de nuestros cuerpos, continúa la autora, lejos de proclamar capacidad y entereza, se encuentra siempre expuesta al daño, siendo herida por otros seres y objetos, de los que a su vez dependemos para seguir existiendo. En este sentido, la precariedad democratiza la condición de seres humanos desde la fragilidad, lo que subraya nuestra interdependencia. Así, la autora compone una agencia que no es sino en sus relaciones con lxs demás, dado que cada sujeto está lanzado, ontológicamente, a otrxs por su condición de dañabilidad y por todo aquello que necesita para seguir vivo y no puede garantizarse en soledad.

Este abordaje produce una igualdad en todos los géneros porque desarma el androcentrismo con el que fue construida la propia noción de ser humano y, en ese artilugio conceptual, desmonta de un tirón el adultocentrismo con el que también había sido compuesta. Otra de las autoras pertenecientes a esta corriente del feminismo, Nussbaum (2002), es especialmente clara en este punto porque habla de las personas niñas y viejas que quedan excluidas de la noción de sujeto y de la ciudadanía por no manejar la racionalidad ni capacidad física que se ha establecido como ideal. En su texto, la autora señala las injusticias que recaen sobre estos grupos humanos, que solo son posibles de rebatir si se parte de una concepción humana y ciudadana diferente.

Desde este lugar, nos es posible destotalizar a la infancia como una etapa que necesita de cuidados, a la vez que permite destotalizar la adultez como un momento en que se brindan cuidados, abriendo flujos intergeneracionales en los que las prácticas de cuidado circulan desde y hacia varias direcciones. Sin embargo, estas teorías reconocen que hay ciertos cuerpos más expuestos al daño que otros, como son los cuerpos feminizados y los cuerpos niños más que los masculinos y los adultos. Y esto no es una condición ineludible como lo anterior, sino el producto de una desigualdad social sobre la que debemos direccionar nuestra acción política si es que pretendemos desarticularla (Butler, 2009). La dañabilidad de cada cuerpo se exagera o se aminora en cada contexto específico con los vínculos que estén ahí (o no) para sostenerlos, tal como analizaremos más adelante en nuestros trabajos de campo.

Son dichos vínculos los que nombramos en este artículo como las alianzas entre grupos etarios, en una reconceptualización de la autonomía en términos de relacionalidad: «Descartada la independencia como rasgo central para definir la autonomía, la concepción relacional de Nedelsky la caracteriza como parte de una ‘capacidad para la interacción creativa’ con otros» (Sáenz, 2020, p. 249). Es decir,

que nuestras posibilidades de hacer se apoyan y se expanden sobre aquello que nos habiliten y obturen las relaciones sociales que podamos construir y las que nos hayan tocado en suerte. Esto nos invita a salir de lo que Cano (2018) llama egoliberalismo y dar por tierra con la idea de que la felicidad se logra mediante gestos individuales.

En los términos de esta autonomía relacional, lo que es posible está determinado por aquello que logran en conjunto ciertos seres en relación con ciertos objetos y ciertas circunstancias, siempre específicas. Esto nos aproxima a lo que Sáenz (2020) denomina agencia no soberana, entendida como una agencia compuesta por los intercambios intersubjetivos que se despliegan en un escenario específico donde la libertad no está atada a una intencionalidad transparente de cada actor ni al control que tengan sobre las circunstancias. Este concepto nos permite identificar al sujeto que toma decisiones, actúa, siente las consecuencias de sus propios actos y de los actos de lxs demás sobre sí, pero no en términos individuales, sino a través de los vínculos que componen dicha individualidad. La agencia es así un aspecto de la libertad humana, pero está hecha de opacidades y de una contaminación absoluta con las agencias de las otras personas (Butler, 2006; Cano, 2018; Sáenz, 2020).

De aquí que las formas de vincularse y de apoyarse mutuamente se vuelvan objeto de análisis, que nombramos como alianzas en este caso y que adquieren la adjetivación de multiedades para dar cuenta de la diferencia (etaria) que posibilita dicha conjunción. Algunas teóricas feministas se han dedicado, específicamente, a estudiar las alianzas que pueden surgir desde las subjetividades vulnerables y desde el reconocimiento de una diferencia que no solo no se aplasta, sino que se pone a jugar para que la alianza tenga sentido. Quizás, una de las que más ha insistido en este punto es Haraway (2019) a partir de su llamamiento a hacer parentescos raros y alianzas multiespecies con quienes nos dijeron que no era posible o que no valdría la pena el intento. Así, en sus historias se entrelazan bichos, cuadrúpedos, humanos y cursos de río y viento para forjar estrategias colectivas que le permitan a todxs lxs involucradxs vivir y morir mejor en este mundo.

Ya en el terreno de lo intergeneracional, contamos con algunas figuras que hablan de la posibilidad de forjar una alianza a través de las edades, utilizando lo que cada grupo etario tiene a favor de todas las generaciones a la vez. Una de ellas es el *affidamento* que nombra todos esos vínculos donde las mujeres se asisten entre sí, a través de las edades, asumiendo la desigualdad de posiciones en la estructura social y las diferencias en sus puntos de vista (Miñoso, 2016). A

partir de este marco conceptual, nosotras mismas hemos fabulado ciertas imágenes de la alianza a través del tiempo, como es el caso de la amistad intergeneracional (Shabel, 2022) y el compañerismo interetario (Shabel, 2024). Esto nos permitió hablar de un feminismo intergeneracional donde es posible cimentar lo común desde la diferencia de edades, sobre el que nos proponemos profundizar a partir de la noción de alianzas multiedades y su accionar concreto en los lugares donde realizamos nuestros estudios de campo.

POR UNA METODOLOGÍA ETNOGRÁFICA DE LAS RELACIONES INTERGENERACIONALES

La rutina habitual del centro comunitario (CC) comienza a las 16.30. Belén (13) llega con Elias (7) —su hermanito menor— montado sobre su espalda, mientras su otra hermana, Noelia (11), se adelanta para ir corriendo a las hamacas donde están sus amigas. Otrxs niñxs vienen junto con sus mamás o abuelas que lxs acompañan, algunas se quedan a tomar un mate, otras los dejan en la entrada y se van. Alrededor de las 17.00 llega Loli (55), la coordinadora del CC. Para las 17.30 horas aproximadamente ya somos como 20 o 30 personas en el CC. Casi todas las adultas somos mujeres. También asiste regularmente un anciano, el señor Pedro (66). Él tiene una cirrosis avanzada, su mujer lo abandonó y tiene a cargo a uno de sus hijos, Imanol de 7 años. Las mujeres del CC prestan especial atención a esta situación, lo ayudan a llevar adelante el cuidado de su hijo, pasan a diario por su casa y le llevan comida. Durante los fines de semana, y sobre todo si está planificada alguna actividad especial —como un cumpleaños— se puede observar la presencia de los hombres adultos del barrio de manera más sostenida. Finalmente, algunos días aparece Maxi (15), un adolescente que genera perplejidad en las mujeres que asisten al CC. Valeria (35) dice que Maxi «es raro» porque: «es grande ya y sin embargo sigue viniendo». Maxi dice que ya sabe que es grande y que «no da» ir al CC pero que necesita ayuda con las tareas y que igual a él le gusta ir ahí y se siente bien. Los demás varones de su edad (15 o 16 años) se juntan en un campito pero en general no asisten al centro comunitario, porque en el barrio este lugar está catalogado como un lugar para «viejos, mujeres y niños» (Notas de campo, mayo de 2016).¹

¹ Estas notas de campo fueron tomadas en el marco de una investigación etnográfica más amplia realizada entre 2016 y 2019 orientada al análisis del modo en que se entran los cuidados en espacios comunitarios de barrios populares de agrolocalidades medias bonaerenses (Morano, 2022).

La etnografía nos permite conocer el modo en que las personas de distintas edades se relacionan —en y a través de— las múltiples instancias que conforman su cotidianidad, sin imponer de antemano categorías externas. Los espacios comunitarios, en donde lxs niñxs con quienes hemos trabajado y sus familias pasaban buena parte de su tiempo, han fungido en nuestras etnografías como *locus* de interacción, pues allí solían producirse a diario encuentros entre personas muy diversa —y también desigualmente— posicionadas. No obstante, y siempre guiadas por la intención de «etnografiar mundos vivos» (Quirós, 2014), nuestros trabajos de campo también nos han llevado a realizar observación participante en otros espacios como las casas de nuestrxs interlocutores, las calles y veredas de sus barrios, las plazas, las iglesias y algunas instancias estatales (sobre todo escuelas y centros de salud). En todos esos espacios —y muy lejos de las ilusiones de objetividad positivista que han impregnado a la antropología en otros tiempos en donde primaba «el convencimiento de que lo personal, lo subjetivo, debía de ser despojado de lo científico» (Gregorio Gil, 2023, p. 117)— hemos entablado distintos tipos de vínculos interpersonales, algunos más formales y otros más íntimos, tanto con lxs niñxs como con lxs adultxs con quienes trabajamos. A partir de esos vínculos construimos marcos de colaboración que nos han permitido generar un tipo de conocimiento que no se «extrae» de ningún reservorio preexistente, sino que se produce justamente mediante esas dinámicas de interacción —siempre negociadas— que toman en cuenta tanto la reflexividad de nuestrxs interlocutorxs, como la de quienes investigamos (Guber, 2001).

Desde un punto de vista ético, y teniendo en cuenta que nuestros trabajos han estado focalizados en la interacción con niñxs, resulta importante aclarar que, para trabajar con ellxs, hemos considerado los mismos recaudos que para interactuar con adultxs: informamos de manera clara nuestros propósitos, aguardamos por el consentimiento de nuestrxs interlocutorxs y mantuvimos la confidencialidad de los datos. Simultáneamente, y guiadas por la noción de simetría ética (Christensen & Prout, 2002) que convoca a construir conocimiento junto con lxs niñxs, hemos implementado técnicas para la producción de datos y dispositivos de interacción como dinámicas lúdicas, mapeos colectivos, talleres de fotografía y dibujos que permitieron distintas aproximaciones a los temas (Pires, 2007; Quecha Reyna, 2014). Asimismo, y en especial durante la pandemia, implementamos técnicas provenientes de la etnografía virtual o digital (Hine, 2004; Pink *et al.*, 2016), que permitieron sostener los vínculos durante el confinamiento, reforzarlos y también inaugurar nuevas formas de relacionarnos.

Si bien los cimientos de las dos investigaciones que traemos al análisis guardan entre sí muchas similitudes, destacamos algunas especificidades que se presentan en cada una de esas experiencias para que el análisis resulte más preciso. Por un lado, durante la última década, Paūlah N. Shabel ha desarrollado una investigación etnográfica que se focaliza en la acción política infantil en el entramado que se sucede entre las casas tomadas, las escuelas y el centro comunitario de un céntrico barrio de la ciudad de Buenos Aires. En ese contexto se ha preguntado por los modos en que lxs niñxs se organizan para conseguir lo que desean y/o necesitan —desde su precariedad habitacional y sus derechos vulnerados—, y sus participaciones en las dinámicas sociales de sus familias, de las instituciones a las que asisten y de las agrupaciones políticas de las que forman parte (Shabel, 2020). Para este artículo hemos seleccionado algunos fragmentos de los registros generados entre 2019 y 2021 con dos grupos de niñxs y adolescentes, entre 7 y 17 años, que viven en dos casas tomadas en el mismo barrio.

Por otro lado, Luisina Morano ha analizado el modo en que se configura y se transforma la trama de cuidados y violencias que atraviesa la vida de las familias de sectores populares en un barrio periférico de una agrolocalidad de la provincia de Buenos Aires que, durante la última década, ha experimentado un vertiginoso proceso de gentrificación intensificado por la pandemia. En ese contexto, las preguntas que guiaron su investigación estuvieron dirigidas a analizar el rol central que en este escenario de disputa por el espacio barrial fueron adquiriendo tanto la infancia (en su carácter de noción siempre tensionada) como lxs niñxs de carne y hueso pertenecientes a sectores populares y, generalmente, de ascendencia indígena —que auspiciaron como principales interlocutores de la etnografía (Morano, 2024)—. Desde estos campos, que se tocan y se diferencian, pasamos a estudiar la composición de alianzas entre distintos grupos etarios, de clase y género.

ALIANZAS MULTIEDADES EN ACCIÓN

Como ya lo dijimos, las vidas cotidianas de todos los seres humanos y de las comunidades están hechas de complicidades tácitas entre partes que se requieren entre sí. Es en estos *entre* donde se desarrollan las prácticas de producción y reproducción de las relaciones sociales, donde se vuelven carne y, a la vez, se crean los fenómenos que estudiamos desde el campo científico. El acento de este artículo está puesto en el clivaje etario de dicho embrollo humano, que pasamos a estudiar en dos ámbitos diferentes, yuxtapuestos en las dos investigaciones que traemos al análisis. Por un lado, le hacemos lugar a las alianzas interetarias que

se gestan al interior de los núcleos familiares para dar cuenta del modo en que se resignifican los vínculos de filiación. Por otro lado, nos adentraremos en los espacios comunitarios, en tanto usinas de producción de alianzas multitudes. Las organizaciones sociales y los entramados vecinales se manifestaron, en nuestras investigaciones, como experiencias donde se ensayaban otras formas de la proximidad entre generaciones y donde brotaron alianzas inesperadas. Con referencias cruzadas entre ambos espacios, dando cuenta del *continuum* de la vida de estas personas, pasamos ahora a describir algo de lo recolectado etnográficamente.

A. Apañes entre madres e hijxs

Cuando le pregunté a Mirna (24), en una entrevista, cómo había estado durante la pandemia rompió en llanto y dijo: «Vos no te lo podés imaginar». Habló de lo difícil que había sido transitar ese momento con su pareja y sus dos hijos dentro del hogar, que para ese entonces consistía apenas en un ambiente y una pequeña sala de estar que se encontraba en proceso de construcción. Remarcó lo inmensamente sola que se había sentido, la cantidad de veces que había querido llorar, pero no había podido encontrar un espacio para hacerlo, todo lo que había extrañado el centro comunitario y cada una de las personas que formaban parte de ese proyecto. El cierre de esa institución fue un evento muy disruptivo en la vida de Mirna. De hecho, en uno de los talleres que realicé con lxs niñxs, ella pidió participar y realizó un dibujo (Ver Figura 1) que expresa esa sensación de vacío que había dejado el cierre de ese lugar tan significativo en su biografía.

Figura 1. Dibujo que hizo Mirna (24) en uno de los talleres realizados en septiembre de 2021 en el predio en donde, durante la última década, había funcionado el CC



Fuente: Foto tomada por Luisina Morano.

Mirna añoraba las reuniones con sus amigas en el centro comunitario, la posibilidad de compartir sus malestares con otrxs y el hecho de habitar ese espacio con su hija, Ximena (10), a quien definió, más de una vez, como «la compañera más grande» que le había dado la vida y como su principal sostén para seguir adelante. Ximena había tenido de hecho un rol muy activo durante la pandemia acompañando a su mamá y a su hermanito bebé. Ella misma me contó que había empezado a hacer mandados y compras durante el confinamiento y también me mostró los procedimientos que había aprendido para lavar verduras y otros alimentos. Cuando regresé al barrio en 2022 tanto Ximena como Mirna habían comenzado a asistir casi diariamente a la iglesia evangélica, una iniciativa que según Mirna había sido promovida por su hija: «La Xime empezó a ir a bailar acá nomás a media cuadra con las chicas de la iglesia, y al principio yo no quería mucho que vaya pero después me convenció para ir juntas, o sea ella va a hacer sus coreografías pero yo estoy con las otras mamás ahí y vamos juntas, compartimos, llevamos galletitas» (Notas de campo y entrevista realizada por Luisina Morano, noviembre de 2022).

Este relato pone de manifiesto la acción infantil frente a la adversidad: fue Ximena quien logró sacar a su mamá del espacio doméstico y encontrar para las dos un lugar más amigable donde compartir juntas y separadas. Sin sobredimensionar esta agencia, volviendo a la opacidad y contingencia que la componen (Butler, 2006; Sáenz, 2020), podemos afirmar que la decisión e insistencia de la niña trajo consigo un movimiento familiar general, al punto que su madre abandonó el encierro —aquella soledad inducida de la que habla Cano (2018)— con el objetivo de acompañar a su hija a su aventura, inventando para ella misma un nuevo espacio de encuentro y un nuevo modo de ser con esas otras en la iglesia. En los relatos de Mirna, ella afirma haber encontrado «alivio» y «palabras» en este nuevo lugar, al que no habría accedido de no ser porque su hija la llevó hasta allí, algo que también la madre reconoce, otorgándole protagonismo a Ximena en las dinámicas familiares y en la posibilidad de hacerse de una vida mejor para todas. No es que la niña haya planificado los resultados con racionalidad calculadora y visionaria del futuro, sino que realizó una propuesta desde la acción y sus efectos llegaron a la madre y al núcleo familiar entero.

Para Ximena, en su niñez, en su personalidad, en su necesidad de encontrar otras personas, el movimiento hacia afuera del hogar —hacia la iglesia concretamente— era un hecho sencillo, tal como lo ha relatado en diversas oportunidades. Ella puede conversar con todo el mundo y, en su rol de niña, nadie le pide demasiadas explicaciones a la hora de sumarse a las actividades recreativas que ofrece la iglesia. Para su madre esto hubiera sido un paso imposible de dar en soledad, atrapada entre tareas de cuidado y una situación de violencia doméstica que le

producía una infinita incomodidad en su relación con el resto de la comunidad. Pero, cuando parte de sus tareas de cuidado le requirieron una aparición en el espacio público y comunitario, las cosas giraron a su favor y ella tomó impulso. Habiéndose podido negar a tal modificación, prohibiéndole a Ximena sus salidas o habilitando que vaya sola, Mirna hizo del pedido de su hija una chance compartida para una vida mejor. Aquí es donde vuelve Haraway (2019), que puntualiza en las diferencias (de especie para ella y de edad para nosotras) necesarias para tejer un camino común en el que cada parte requiere de la otra por lo que no tiene.

El mismo aprovechamiento mutuo se desarrolla en la siguiente escena de campo registrada por Paülah N. Shabel, en uno de los edificios tomados:

Es jueves por la tarde en la casa y yo estoy tomando mate en una de las minúsculas habitaciones donde vive una familia entera, con cocina y baño incluidos. A la mesa me acompañan Luli (10), Eros (8) y Tiago (5), lxs tres hijxs de Yaki (28), que es la que ceba. Conversamos sobre cómo les está yendo en la escuela primaria y en jardín, entre chistes, retos y gritos, negociando verdades a medias entre todxs lxs presentes. En eso le avisan a Yaki por chat que llegó el camión del Gobierno de la Ciudad que reparte las viandas para el comedor que funciona en la parte de abajo de la propia casa. Ella se alegra y nos cuenta la noticia, tras lo cual nos alegramos todxs, porque muchas veces el camión no pasa y la comida escasea. Yaki se levanta para abrigarse y bajar a recibir la mercadería, pero Luli le dice que mejor va ella, que a ella siempre le dan más que a su mamá y que, con lo chicas que están siendo las porciones, necesitan bastante para no pasar hambre. Yaki piensa unos segundos y le dice: «Tenés razón. Llevate a Tiaguito también». El menor de lxs hermanxs sonríe, complacido de formar parte del plan, al que se suma, indefectiblemente, Eros (Registro de campo, Paülah N. Shabel, octubre de 2020).

Figura 2. Preparación para la repartición de alimentos en una de las casas tomadas



Fuente: Foto tomada por Paūlah N. Shabel.

Estrategias como esta se repiten a lo largo de nuestras investigaciones, siempre poniendo en relación a una madre a cargo con sus hijxs, procurando maximizar el rendimiento de los escasos recursos desde la complicidad intergeneracional. Así, la asimetría inherente a la relación filial madre-hijx adquiere matices que podrían describirse desde el *affidamento* (Miñoso, 2016), con flujos de colaboración que salen y llegan desde todas las direcciones etarias. Podemos hablar de una acción que agencia sujetos en cooperación, en este caso sí desde el cálculo del beneficio que exige la supervivencia en condiciones de pobreza dura, que pone en situación de negociación a todas las clases de edad. De vuelta, el campo nos arroja una imagen de niñxs tomando decisiones con otrxs para una vida mejor, sin tener que hablar de situaciones heroicas ni sobredimensionar las pequeñas burlas al sistema que logran. De hecho, queremos ser cautelosas en no romantizar la pobreza que desborda en los registros —no hay nada celebratorio en las condiciones de estas familias que dependen de una ayuda estatal cada vez más inexistente—. Solo que en este artículo nos centramos en aquello que las generaciones hacen en compañía para paliar esta vulneración permanente de derechos.

Para cerrar el segmento, traemos una afirmación muy presente en el campo de la infancia (Frasco Zuker *et al.*, 2021) y es que los discursos que la reifican como objeto de cuidado pierden de vista las múltiples estrategias que desarrollan lxs niñxs para hacerse de una vida más alegre y con menos necesidades insatisfechas. Tal como podemos observar en nuestras investigaciones, la agencia se

revela en una tensión permanente de lo que es posible entre quienes hacen a cada situación, los hábitos adquiridos, los recursos que se encuentran a la mano y los inéditos que son abiertos al calor de la contingencia. Encarnando la fragilidad es que se hacen visibles las acciones cotidianas que son capaces de torcer algunas normas, tanto de las legales que protegen la propiedad privada y la privatización de la vida, como de las implícitas en los mandatos etarios.

B. Tejes comunitarios intergeneracionales

Luego de varios intentos hoy logré finalmente subir al techo del edificio del cementerio abandonado. Allí comimos sanguchitos con Matías (8) y Andrés (8) y hablamos de muchas cosas. Matías contó que estaba cansado porque había habido una fiesta en su casa, donde el novio de su mamá se había emborrachado. Explicó que el hombre «se había puesto loco» y había comenzado a pegarle a su madre y a gritarle a él. También contó que, al igual que en otras oportunidades, había tenido que ir a buscar a los vecinos para que lo ayuden a resolver la situación. Matías explicó también que en esta oportunidad le había dicho claramente al novio de su mamá que la próxima vez que sucediera algo así, iba a ir a la policía en vez de ir a la casa de los Pereyra (sus vecinos de confianza). También contó que cuando él dijo eso, el novio de su madre se puso aún más violento, lo insultó a los gritos y luego se fue. «Por eso estoy cansado» remató y expresó que deseaba fuertemente que ese hombre no vuelva a ir nunca más a su casa (Registros de campo, Luisina Morano, octubre de 2021).

Limitados por el domo de la imaginación estatal y mediática, lxs niñxs han sido sistemáticamente representados como seres que solo habitan las casas y las escuelas (Szulc, 2019) entablando vínculos —siempre unidireccionales— con lxs adultxs que lxs rodean. Al excluirlos de la mayor parte de los ámbitos de la vida social (Zelizer, 2009) y ubicarlos como meros destinatarios de cuidado, sus posibilidades de intervenir en ocasiones extremas como las que narra Matías fueron invisibilizadas o directamente negadas en la arena pública. Las campañas mediáticas contra la violencia de género pueden considerarse un buen indicador de la exclusión del interlocutor infantil pues no contemplan —en ningún caso— la posibilidad de que unx niñx sea ese alguien a quien han de aportar recursos para accionar ante la emergencia de la violencia patriarcal. En clave estatal, la policía tampoco espera niñxs denunciando personas adultas violentas y de hecho en la práctica no recibe (ni responde) ante demandas realizadas por personas de ocho años.

Sin embargo, en este escenario donde las limitaciones abundan, Matías encontró varios recursos que, más de una vez, le permitieron salvar la vida de su madre. Apelando a sus vínculos con lxs vecinxs, este niño fue desplegando una autonomía en relación con otrxs (Sáenz, 2020), en donde tanto su creatividad como el apoyo incondicional de quienes lo rodeaban auspiciaron como sostén. Historias como estas ponen de relieve que, entre la escuela y la casa, lxs niñxs transitan los barrios, sus calles, sus instituciones y en todos esos lugares entablan relaciones con pares y con adultxs, generan interpretaciones sobre el mundo en el que habitan y también producen conocimientos. Unos conocimientos cifrados siempre desde la experiencia de sus cuerpos pobres y racializadx que les permiten, en algunas ocasiones, sortear la sobreexposición a las violencias: la patriarcal en el caso de Matías, la policial en el caso de Paola:

A las diez de la noche llega corriendo Paola (16) desde la calle e interrumpe la distendida conversación que llevaban adelante los miembros del centro comunitario, tomando vino y escuchando unas chacareras. Paola viene haciendo ruido con sus pisadas desesperadas y se pone a gritar cuando llega al lugar: «¡Hay que ir a buscarlos, hay que ir ahora!». Las caras de todxs a su alrededor se tensan y comienzan a hacerle preguntas que a Paola le cuesta escuchar y responder porque le tiemblan hasta las ideas. Le convidan agua, le dan unos abrazos y, finalmente, ella logra explicar que la policía había agarrado a varios de sus amigos fumando porro en una esquina ahí cerca y que se los estaban por llevar al instituto de menores, que a ella la dejaron irse por mujer, pero que ellos estaban en peligro. Y agrega, mirando a las adultas del centro: «Alguna de ustedes tiene que venir conmigo, yo sé lo que tienen que decir para que los larguen, pero lo tienen que decir ustedes que son mayores».

Rápidamente eligen a una de las compañeras, porque en su atuendo aparenta mayor formalidad, y salen disparadas de la mano con Paola hacia la esquina donde tres patrulleros tienen en el piso esposados a cinco menores. Pero Paola se queda atrás, para que no la reconozcan los oficiales y le da órdenes a la otra: «Vos tenés que decir que sos familia de alguno, decí que sos la tía y que lo vas a llevar directo a la casa, a vos te van a creer que podés hablar bien y sos blanca». La adulta cumplió al pie de la letra las instrucciones y a la hora ya estaban todxs de vuelta en el centro comunitario haciendo chistes para tramitar lo acontecido (Registro de campo, Paūlah N. Shabel, julio de 2021).

Paola fue la protagonista de la situación, pero no de un modo reivindicativo y alegre, como suele citarse a la agencia soberana, sino desde la necesidad. Ella puso a jugar sus recursos —el cariño con lxs adultxs del centro comunitario— y sus conocimientos —cómo hablarle a las fuerzas de seguridad— y logró su

objetivo en alianza con otrxs, siendo con lxs demás (Butler, 2006; Cano, 2018). Nos parece importante notar que esos conocimientos desplegados y esas alianzas constituidas que permitieron a Paola rescatar a sus amigxs de la violencia policial no implicaron únicamente una trama intergeneracional, sino que requirieron de un articulación entre personas diferencialmente expuestas al racismo estructural, a los prejuicios de clase y al sesgo adultista que operan en el sentido común en general y codifican las intervenciones policiales para con lxs jóvenes, pobres y racializados en particular (Shabel, 2020). Así, la elección de una «mujer blanca» y adulta que «hable bien» y el resultado exitoso de su intervención nos conducen simultáneamente a dos conclusiones. La primera es que niñxs y jóvenes pueden generar movimientos, relaciones y acciones que protejan del daño. La segunda es la evidencia de que las lógicas de control y amedrentamiento mediante dinámicas de criminalización de la juventud pobre y racializada se mantienen intactas en estas latitudes.

Finalmente, en escenas como la que ha protagonizado Paola, el espacio comunitario revela una potencia política extraordinaria, haciendo posibles intersecciones en donde grupos habitualmente segmentados se yuxtaponen, entran en relación y eventualmente se ayudan o apoyan mutuamente para crear lazos que permitan a todxs sobrevivir del mejor modo posible en una sociedad en donde la metáfora de la jungla y el darwinismo social ganan cada vez más terreno. Son estas prácticas las que nos permiten hablar de un compañerismo interetario (Shabel, 2024), ensanchando una noción que ha quedado monopolizada por las personas adultas para nombrar sus vínculos políticos. Al igual que con la categoría de amistad, llamamos la atención sobre la necesidad de derribar la circunscripción de su uso a los colectivos intrageneracionales porque estas restricciones obturan el análisis de ciertas dinámicas sociales que suceden cotidianamente, sin las cuales nuestro entendimiento de cualquier coyuntura política resultaría incompleto.

REFLEXIONES FINALES SOBRE ALIANZAS Y DERECHAS

En este artículo hemos analizado, desde una perspectiva etnográfica, las alianzas tejidas entre personas pertenecientes a distintos grupos etarios en dos contextos diferentes: un barrio periférico y gentrificado de una agrolocalidad media bonaerense y casas tomadas ubicadas en un barrio céntrico de la ciudad de Buenos Aires. Los fragmentos de trabajo de campo considerados ponen de relieve que las alianzas multiedades existen de hecho entre niñxs, jóvenes y adultxs en contextos familiares y también comunitarios. Y esta existencia no solo desafía

las segmentaciones impuestas por el repertorio adultocéntrico heredado de la modernidad, sino que también —y tal como hemos vislumbrado a través de las situaciones examinadas—, estas urdimbres intergeneracionales son las que, en muchos casos, permiten a lxs niñxs de sectores populares y a sus familias hacer posible y más disfrutable la vida cotidiana.

En clave conceptual, hemos pivotado sobre la noción de agencia como vértice que nos ha permitido articular un diálogo entre la antropología de las edades, los estudios sociales sobre la niñez y los feminismos poshumanistas. En los tres campos se ha debatido contra la agentividad asociada al cálculo puramente racional y economicista del individuo liberal, así como a la sobrevaloración de la agencia que produce imágenes romantizadas de las infancias y de los sujetos en posiciones subalternas. En cambio, hemos recuperado las tradiciones teóricas que reconocen la fragilidad como una condición ontológica humana que nos lanza a todxs a entablar vínculos con otrxs para sobrevivir y mejorar nuestro mundo. Las escenas analizadas en donde niñxs y adultxs se entraman en arreglos artesanales que les permiten huir de la violencia policial y patriarcal, conseguir alimentos o forjar espacios de disfrute, ponen de relieve esta potencia de acción siempre condicionada por circunstancias y otredades —como las políticas públicas disponibles o el estado del entramado social comunitario en cada caso—. Con esta impronta —y reconociendo que la precariedad está desigualmente distribuida y que no hay nada heroico en las opresiones múltiples que recaen especialmente sobre los cuerpos niñxs, pobres y feminizados—, buscamos promover una acepción de la acción política en tanto generación de condiciones para que la vulnerabilidad no se concentre en algunos cuerpos más que en otros y que todos tengan los apoyos que necesitan para hacer cosas en este mundo desde su fragilidad.

Finalmente, desde este posicionamiento general y tomando en cuenta los resultados de nuestras pesquisas, nos interesa volver al escenario político de la Argentina actual para destacar la urgente necesidad de contar con herramientas conceptuales sólidas que permitan estudiar las dinámicas sociales y rebatir argumentos falsos sobre cómo funciona el mundo y qué políticas deben aplicarse para resolver los problemas que atravesamos. Nombrar las asimetrías zanjadas desde el clivaje generacional, que se suman a otras digitadas desde el género y la posición de clase, se vuelve hoy imprescindible para combatir las desigualdades. Tal como hemos venido haciendo en relación al patriarcado de la mano de los feminismos, resulta necesario exponer las injusticias que emanan del adultocentrismo, hasta que en la opinión pública sea tan reprochable tratar a unx niñx como objeto/propiedad de sus padres, como lo es hoy tratar así a una mujer.

Aunque desde la coyuntura argentina actual, este horizonte de equidad se torne cada vez más lejano —dado el avance de las fuerzas políticas hegemónicas que emanan una conservadora retórica sobre la infancia y sobre la desigualdad (Semán, 2023)— consideramos importante seguir generando relatos científicos que ofrezcan alternativas y jerarquicen las prioridades. La mayor parte de las familias actualmente sumidas en la pobreza necesitan que el Estado garantice su derecho a la vivienda digna, a la alimentación y a la salud para que las alianzas intergeneracionales florezcan menos desde la necesidad y más desde el deseo.

REFERENCIAS

- Butler, J. (2006). *Vida precaria*. Paidós.
- Butler, J. (2009). Performatividad, precariedad y políticas sexuales. *AIBR: Revista de Antropología Iberoamericana*, 4(3), 321-336. <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=62312914003>
- Cano, V. (2018). Solx no se nace, se llega a estarlo. Ego liberalismo y autoprecarización afectiva. En M. Nijensohn (Ed.), *Los feminismos ante el neoliberalismo* (pp. 27-38). La Cebra, Latfem.
- Christensen, P., & Prout, A. (2002). Working with Ethical Symmetry in Social Research with Children. *Childhood*, 9(4), 477-497. <https://doi.org/10.1177/0907568202009004007>
- Cibiera, F. (23 de junio de 2024). Los jóvenes pasaron de impulsar a Milei a ser los más pesimistas por el rumbo del país. *El Destape*. <https://www.eldestapeweb.com/politica/voto-joven/los-jovenes-pasaron-de-impulsar-a-milei-a-ser-los-mas-pesimistas-por-el-rumbo-del-pais-20246230533>
- Enriz, N., García Palacios, M., & Hecht, A. C. (2007). El lugar de los niños qom y mbyá en las etnografías. *VII reunião de antropologia do mercosul*. ABA, UFRGS.
- Evans-Pritchard, E. E. (1987 [1940]). *Los Nuer*. Anagrama.
- Feixa, C. (1996). Antropología de las edades. En J. Prat & Á. Martínez (Eds.), *Ensayos de Antropología Cultural. Homenaje a Claudio Esteva-Fabregat* (pp. 319-335). Editorial Ariel.
- Frasco Zuker, L., Fatyass, R., & Llobet, V. S. (2021). Agencia infantil situada: Un análisis desde las experiencias de niñas y niños que trabajan en contextos de desigualdad social en Argentina. *Horizontes Antropológicos*, 27(60), 163-190. <https://doi.org/10.1590/S0104-71832021000200006>
- González-Rozada, M. (2024). *Nowcast de Pobreza 2024*. Universidad Torcuato Di Tella.

- Gregorio Gil, C. (2014). Traspasando las fronteras dentro-fuera: Reflexiones desde una etnografía feminista. *AIBR: Revista de Antropología Iberoamericana*, 9(3), 297-321. <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=62333037005>
- Guber, R. (2001). *La etnografía, método, campo y reflexividad*. Grupo Editorial Norma.
- Halberstam, J. (2005). In *a Queer Time and Place: Transgender Bodies, Subcultural Lives* (vol. 3). NYU Press.
- Haraway, D. (2019). *Seguir con el problema: generar parentesco en el Chthuluceno*. Consonni Editorial.
- Hine, C. (2004). *Etnografía virtual*. Editorial UOC.
- Kropff, L. (2010). Apuntes conceptuales para una antropología de la edad. *Revista Avá*, 16(7), 171-187. <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=169020992009>
- Instituto Nacional de Estadística y Censos – INDEC. (2023). *Informes técnicos* (Vol. 7, n° 32). INDEC. <https://www.indec.gob.ar>
- Liebel, M. (2020). *Infancias dignas, o cómo descolonizarse*. El colectivo.
- Mead, M. (1930). *Growing Up in New Guinea*. Mentor.
- Milstein, D. (2015). Etnografía con niños y niñas: oportunidades educativas para investigadores. *Espacios en blanco. Serie indagaciones*, 25(1), 193-212. <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=384541744011>
- Miñoso, Y. E. (2016). De por qué es necesario un feminismo descolonial: diferenciación, dominación coconstitutiva de la modernidad occidental y el fin de la política de identidad. *Solar: revista de filosofía iberoamericana*, 12(1), 141-171. <https://doi.org/10.20939/solar.2016.12.0109>
- Morano, L. (2022). Jugando a cuidar: niñez, género y prácticas lúdicas en barrios populares de agrolocalidades medias bonaerenses. *Revista Lúdicamente*, 11(22). <https://dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/9507174.pdf>
- Morano, L. (2024). *Entre cuidados y violencias. Una etnografía con niñxs en un barrio en proceso de gentrificación de una agrolocalidad media bonaerense* [Tesis de doctorado, Universidad Nacional de General Sarmiento, Instituto de Desarrollo Económico y Social].
- Nussbaum, M. (2002). *Las mujeres y el desarrollo humano*. Herder.
- Pink S., Horst, H., Postill, J., Hjorth, L., Lewis, T., & Tacchi, J. (2016). *Digital Ethnography. Principles and Practice*. SAGE Publications.
- Pires, F. (2007). *Quem tem medo de mal- assombro? Religião e Infancia no semi-árido nordestino* [Tesis de doctorado, Museu Nacional (UFRJ)].

- Quecha Reyna, C. (2014). Etnografía con niños. En C. Oehmichen Bazán, (Ed.), *La etnografía y el trabajo de campo en las ciencias sociales* (pp. 215-240). Universidad Nacional Autónoma de México.
- Quirós, J. (2014). Etnografiar mundos vívidos. Desafíos de trabajo de campo, escritura y enseñanza en antropología. *Publicar en Antropología y Ciencias Sociales*, 17(12), 47-65. <https://publicar.cganthropologia.org.ar/index.php/revista/article/view/208>
- Rabello de Castro, L. (2020). Why Global? Children and Childhood from a Decolonial Perspective. *Childhood*, 27(1), 48-62. <https://doi.org/10.1177/0907568219885379>
- Sáenz, M. J. (2020). Reformulaciones recientes de la autonomía individual liberal: autonomías relacionales, no soberanas y vulnerabilidad, *Cuadernos Electrónicos de Filosofía del Derecho*, (43), 237-257. <https://doi.org/10.7203/CEFD.43.17458>
- Semán, P. (2023). *Está entre nosotros: ¿de dónde sale y hasta dónde puede llegar la extrema derecha que no vimos venir?* Siglo XXI Editores.
- Shabel, P. (2020). Qué es una casa. Las emociones en la construcción de conocimiento, *Revista Latinoamericana de estudios sobre cuerpos, emociones y sociedad*, 34(12), 19-29. <https://dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/7749723.pdf>
- Shabel, P. (2022). «Nos encontramos igual». Prácticas de un feminismo intergeneracional durante el aislamiento. *Debate feminista*, 63, 127-148. <https://doi.org/10.22201/cieg.2594066xe.2022.63.2320>
- Shabel, P. (2024). La alteridad etaria. Antropología y teoría queer/cuir contra los marcos temporales de lo humano. *Revista RUNA*, 45(2), 195-212. <https://doi.org/10.34096/runa.v45i2.13628>
- Strobl, N. (2022). *La nueva derecha*. Kats editores.
- Szulc, A. P., & Cohn, C. (2012). Anthropology and Childhood in South America: Perspectives from Brazil and Argentina Bibliography. *AnthropoChildren*, 1(1). <https://pups.uliege.be/2034-8517/index.php?id=427>
- Szulc, A. P. (2019). Más allá de la agencia y las culturas infantiles. Reflexiones a partir de una investigación etnográfica con niños y niñas mapuche. *RUNA, Archivopara las ciencias del hombre*, 40(1), 53-64. <https://doi.org/10.34096/runa.v40i1.4992>
- Szulc, A., Guemureman, S., García Palacios, M., & Colangelo, A. (2023) *Niñez Plural. Desafíos para repensar las infancias contemporáneas*. El Colectivo.
- Zelizer, V. (2009). *La negociación de la intimidad*. FCE.